LAS ESQUINAS DE MI CABEZA

Teresa Hernández

Quiero agradecer a mi amiga Elisabetta Carella su ayuda para traducir al italiano alguno de los pasajes de esta novela y a Adra y Carlos Maza, por la revisión del texto como lectores 0

**1. Rompe tu corazón**

Qué calor hace. Siento la nuca empapada de sudor y en el pecho una opresión que no me deja respirar con normalidad. El pronóstico del tiempo augura un verano tórrido y debe ser cierto, queda casi un mes para el solsticio y ya se han superado los treinta grados. Me pregunto cómo conseguiré pasarlo. Me flojean las piernas y tengo que rebuscar entre el polvo del suelo para encontrar mi apesadumbrado ánimo. Realmente estoy desconcertada, ojalá supiera manejar la situación. De repente toda la experiencia adquirida por los años vividos ha volado y me siento tan indecisa como una adolescente. Es una pena, porque llevo casi sesenta años en este mundo y se supone que una de las pocas cosas buenas que tiene acumular edad es el aplomo que se adquiere para afrontar situaciones difíciles. Es mentira. A la hora de la verdad, la experiencia no sirve de nada y sólo puedes improvisar.

El tiempo es extraño, pasa tan rápido que me resulta difícil admitir la edad que tengo. Por dentro me mantengo en un momento indeterminado en el que conviven los que ya se fueron con los que aún están por nacer. Los que murieron hace tiempo permanecen congelados en mi mente, indelebles, inalterables; sin embargo, los minutos se suceden y yo envejezco sin remedio, el brillo de mis mejillas disminuye paulatinamente y cada vez me cuesta más realizar las tareas cotidianas. La muchacha que un día fui se ha convertido en lo que hasta hace poco yo misma definía como “señora”, en una mujer madura. Es una paradoja desear justo lo contrario: detener el mundo exterior y que los otros, los de dentro, sigan recorriendo la esfera del tiempo a mi lado con paso lento, sin despedirme de ellos definitivamente. Siento que los necesito cada vez más. Ay, qué cosas tan absurdas se me ocurren, tengo la cabeza tonta. Seguro que se debe a la tensión de los últimos días.

El viaje ha resultado eterno. Llegamos demasiado pronto a la estación, un incordio porque no hay nada más aburrido que esperar la salida del autobús sin otra cosa que hacer que mirar el panel informativo, y estuvimos sentadas en la sala de espera más de hora y media. Si tomamos unos refrescos fue para pasar el rato, no porque nos apetecieran realmente; yo ni siquiera pude terminar mi CocaCola, claro que llevo varios días que me cuesta tragar cualquier alimento, incluida la bebida. Además, la salida de Madrid fue caótica, un accidente había provocado kilómetros de retención y estuvimos paralizados un montón de tiempo. He acabado harta de pasar las páginas de la revista que compré antes de salir para entretenerme. No sé por qué leo estos folletos si no me gustan, no cuentan más que sandeces sobre gente cuya vida no le interesa a nadie, ni a ellos mismos, porque si les importaran un mínimo no irían por ahí aireándola como si se tratara de ropa recién lavada.

La niña se colgó de los auriculares de su reproductor y no me ha dirigido la palabra en todo el trayecto. El volumen era tan alto que molestaba a los que se sentaron detrás de nosotros y nos miraron con cara de reprobación. No comprendo cómo no se ha quedado sorda aún. He tenido que llamarle la atención para que lo bajara pero, por supuesto, no me ha hecho caso a la primera. Ni a la segunda. Le he preguntado qué escuchaba y me ha dicho que *Break your heart de Taio Cruz*, alguien que yo no podía imaginar que existía, según sus propias palabras, porque me ubico musicalmente hablando en el género chico, allá por el pleistoceno. Lo peor de todo es que la canción me encanta, tiene un ritmo excelente, pero después de haberla oído unas doscientas veces seguidas ha conseguido hartarme, estoy saturada de su soniquete pegadizo.

Tras mucho insistir, ha consentido en bajar el sonido una milésima refunfuñando y llamándome pesada con la misma intensidad que oía su música. Medio autobús ha girado la cabeza para contemplar a las que daban la nota y cuando se han topado con nosotras como protagonistas de la trifulca y mi expresión azorada, no han podido menos que enviarme una misiva solidaria y muda para ayudarme a tratar a una adolescente conflictiva. Prefiero pensar que no lo ha hecho a propósito y que el berrido que me ha dirigido se debía a que el ruido que le entraba por el tímpano le obligaba a elevar la voz hasta el mismo registro. O lo mismo lo ha hecho adrede, vete a saber. Está en una edad difícil y puede ser cualquier cosa. Acto seguido ha pasado al numerito de los pies. Parece ser que su concepto de viajar cómodamente en un autobús consiste en reposar la espalda en el asiento y colocar los pinreles sobre el vecino delantero. La escena se ha repetido: otra reprimenda por mi parte y otro berrido por la suya. En esta ocasión, a las miradas de apoyo se han sucedido algunos comentarios por lo bajo que, si bien no he alcanzado a entender, doy por supuesto a quién se dirigían.

Todo han sido fatalidades, debíamos haber llegado a Jaén a mediodía y son casi las ocho de la tarde cuando abro la puerta de casa. Al menos estamos en el periodo del año en que los días son largos y todavía hay mucha luz, pero estamos cansadas.

La niña sigue sin dirigirme la palabra. Su madre ya me avisó de que era poco habladora, le cuesta comunicarse, y más con los adultos a los que considera otra especie animal bien diferente a la que ella pertenece. Su opinión sobre la gente mayor es, en general, mala y de su abuela, que soy yo, su veredicto es pésimo; creo que se considera más cercana a un selenita que a mí. Yo pensé que Aurora exageraba respecto a su hija pero en realidad se quedó corta. Apenas he abierto la puerta de casa, ha entrado al salón y se ha adueñado del mando de la televisión. Ni se ha molestado en llevar la maleta a su habitación, literalmente se ha aplastado en el sofá para sintonizar uno de los canales que emiten teleseries para adolescentes. Le he reprendido por enésima vez en lo que va de día y le he pedido que se sentara derecha. Me ha obedecido a medias porque me temo que ni siquiera me ha oído. Sé que debo evitar las confrontaciones directas y también que las regañinas continuas no tienen ningún efecto pero ¿cómo hacer si casi nada de lo que hace está bien? Bueno, supongo que estoy exagerando, debo esforzarme por encontrar sus virtudes ocultas, que alguna tendrá.

Mientras coloco su ropa en el armario del dormitorio que va a ocupar, considero el duro verano que me espera. No quiero quitarme la parte de culpa que me pertenece; la distancia a la que vive mi hija no es razón suficiente para que me haya ocupado tan poco de esta niña. No es cierto que no sienta apego hacia la familia que Aurora formó en Madrid, pero sí que su marido, mi yerno, y yo nunca hemos congeniado demasiado y eso no facilitó la relación. Además, tanto mi hija como yo somos bastante independientes, nunca nos gustó estar metidas en casa de la otra, y mucho me temo que el contacto telefónico que he mantenido casi a diario con Aurora no ha sido suficiente para conocer a su hija como corresponde a una abuela. La consecuencia es que en este momento esta chica y yo somos dos auténticas desconocidas que nos miramos con desconfianza.

Voy apilando sus camisetas en el estante y me pregunto por su criterio para elegir la ropa. Absolutamente toda me parece horrenda. Y no es que yo pretenda que se vista como una vieja, ni siquiera de forma elegante o glamurosa, pero las mismas camisetas estarían mejor si no estuvieran deformadas o los vaqueros parecieran menos andrajosos, y tampoco estaría de más que tuviera algo de un color que no fuera negro. Todas las prendas son enormes, en cada pantalón suyo cabríamos dos de mi constitución. Me cuesta relacionar el físico de esta niña con el de mi familia, nosotros somos menudos y delgados, pero ella ha salido a su padre. Y es igual de fea. ¿Dónde han quedado los espectaculares ojos turquesa de su madre o su densa melena rubia? ¿Por qué no se han manifestado en ella los genes responsables de estas características que necesariamente debe portar? Antes de la enfermedad, mi hija era una preciosidad, allá donde iba causaba admiración, en cambio parió una niña con piel cetrina y pelo ralo, y en vez de disimular sus puntos débiles, que es lo que hacemos todos, prefiere ensalzarlos con una vestimenta estrafalaria que no favorecería ni a la mismísima Miss Universo. Pero no pienso meterme en nada relacionado con su aspecto personal, si se encuentra bien maquillada como un zombi y con un occipital rapado, allá ella, sobre gustos no hay nada escrito; a mí también me molestaría que alguien se entrometiera en por qué prefiero los tonos claros. Con los estudios es diferente. Ordeno sus libros de texto en la estantería y me pregunto cómo voy a conseguir que abra alguno de ellos. Pero le prometí a su madre que aprobaría en septiembre las tres asignaturas que le han quedado: matemáticas, literatura y física; en definitiva, todas aquéllas en las que hay que hincar medianamente los codos.

Mi pensamiento vuela junto a mi niña, porque mi hija será siempre mi niña pequeña. Mi pobre niña ahora. En cuanto termine de organizarme voy a llamar por teléfono para ver cómo ha pasado el día. Está tan flaca que me sorprende que tenga fuerzas para hablar.

Desde el salón me llega una risotada monumental, a Nines le ha debido hacer gracia alguno de los chistes de esas odiosas series norteamericanas. Recuerdo el día en que Aurora me comunicó que estaba embarazada. Al principio no la creí, era sólo una cría que acababa de casarse, y ella rio divertida respondiéndome que yo fui aún más precoz. Tenía razón pero lo mío fue un desliz, yo no planeé ser madre a los veintiún años, pero ocurrió y ella llegó a mi vida y a la de su padre de forma inesperada; además, mis tiempos eran otros y no se podían evitar los embarazos tan fácilmente. Aurora tenía uno más que yo cuando cogió por primera vez a Angelita en brazos. Eso me convirtió en una abuela anormalmente joven para los tiempos que corren, aunque pensándolo bien, dudo mucho de que eso suponga alguna ventaja. De nada ha servido que yo aún esté en activo en el juzgado o que mi apariencia no sea la de una anciana sino la de una mujer madura de aspecto agradable, quizá si fuera una vieja enlutada de pies a cabeza, me dedicara a hacer rosquillas para los nietos y acudiera regularmente a la iglesia para rezar plegarías, me ajustaría más a su idea de abuela ideal.

“Si es chica, se llamará como tú, mamá, no soy capaz de encontrar otro nombre más bonito”. Casi lloré de la emoción. Había imaginado que el bebé se parecería a mi hija, como ella se parecía a mí, que tendría un clónico en miniatura de la persona a la que más amo. Por eso, cuando me topé con una criatura enorme, oscura como una cucaracha y que no dejaba de berrear, me decepcioné un tanto. Me estuvo bien empleado por tonta; hacer premoniciones sobre el futuro es algo estúpido, sobre todo cuando los caprichosos genes están en juego.

Por alguna razón nunca he considerado a Nines como mía. Y no es sólo debido a nuestro aspecto tan diferente, desde bien pequeña mostró un carácter arisco y una expresión enfurruñada que se alejaba mucho de mi temperamento. Ahora que lo pienso, es posible que a ella le ocurra algo parecido y por eso se sienta a años luz de mí. Qué tontería es eso de que se quiere más a los nietos que a los hijos. Los dichos populares a veces son absurdos. Siempre ha sido una niña antipática e introvertida a la que no le han sobrado los amigos. En ese sentido se encuentra mucho más próxima a su padre, que aún me estoy preguntando qué encontró Aurora en él que la enamoró.

Sé que no le ha hecho la más mínima gracia verse obligada a pasar el verano conmigo, lo que ella ignora es que la faena es recíproca. Hacerme cargo de ella ha supuesto un compromiso que no esperaba y me resulta de lo más molesto. Después de la última sesión de quimioterapia de mi hija, decidí pedir unos meses de suspensión de empleo y sueldo para ayudarla. No ha sido la primera vez que me he visto obligada a recurrir a este privilegio que tenemos los funcionarios para cuidar de los nuestros. Viajé a Madrid esperanzada de que la noticia de que disponía de todo el tiempo del mundo para dedicarle le reconfortaría, creí que tener a su madre cerca le vendría bien. Tiene que reponerse. Es duro luchar contra esa maldita enfermedad y cualquier ayuda es un apoyo para ella. Pero ni por lo más remoto imaginé su respuesta. Cuando en un momento en que nos quedamos solas en la habitación de la clínica le conté que me habían concedido el permiso, me miró con sus inmensos ojos verdosos asombrada, tenía las pupilas excesivamente dilatadas por los sedantes y me agarró una mano sin apenas presión. No esperaba encontrarla tan desmejorada, el tratamiento la había torturado en exceso, estaba tan decaída que apenas sonrió ligeramente para agradecerme el gesto. Me dijo que la mejor ayuda que le podría brindar era alejar a la niña del ambiente hospitalario. Yo sabía que tenían problemas con ella, lo que ignoraba era hasta qué punto había llegado el asunto y las pocas energías que tenía Aurora para luchar contra una adolescente problemática.

Intentando justificar el deplorable comportamiento de la niña, Aurora me explicó que no entendía la gravedad de su enfermedad. La ignorancia había agravado su natural egoísmo y no admitía el protagonismo que repentinamente había adquirido su madre, se sentía desplazada al rincón de la indiferencia. Las palabras de mi hija eran sólo una patraña, una argucia para endulzar la realidad. Angelita es lo suficientemente mayor como para comprender por qué todos estamos pendientes de Aurora. Su conducta no es otra cosa que el resultado de un exceso de mimos y un ambiente demasiado tolerante. La niña se ha convertido en un ser cruel que continuamente reta a sus padres. Mi yerno está desbordado por la situación y responde con brutalidad a los continuos ataques de su hija mientras que la madre, simplemente, no puede luchar. El ambiente en el hogar era insostenible y por eso me pedía que alejara de allí a una de las partes. Mi decepción fue enorme. Yo, que había imaginado como solución quedarme a solas con mi hija y retirar de su lado a los dos mostrencos que le hacían la vida imposible, me encontré que prefería la compañía de su marido para superar la enfermedad y dejarme a mí a cargo del petardo mayor del reino de los adolescentes.

Qué desastre. Supongo que ha llegado el momento de admitir mis errores, soy consciente de lo difícil que es atrapar a una persona como yo, demasiado independiente y acostumbrada a trazar su vida sin amoldarse demasiado al resto, pero estoy decidida a acercarme a mi nieta, tengo un verano por delante y muy poco que hacer. No espero un gran triunfo, con que dejara de bufarme cada vez que le dirijo la palabra, me daría por satisfecha.

Ya he arreglado la habitación, le he preparado la que ocupaba su madre de soltera porque me parece más bonita que la de invitados. Se lo comento pero ella continúa hipnotizada ante la televisión, apoltronada en el sillón y no me responde. Le pregunto qué prefiere cenar.

—Una hamburguesa y ración doble de patatas fritas.

—No tengo hamburguesas. Mañana puedo comprar.

—Pues nos vamos al McDonald's.

—No voy a salir de casa ahora y menos a comer esa porquería.

—¿También me vas a martirizar con la comida? ¿Acaso tienes pensado atiborrarme a gazpachos todo el verano?

No respondo y le propongo pedir una pizza. Acepta la idea pero entra en un mutismo pertinaz, ni siquiera me mira. Da igual, yo continúo hablando como si me escuchara, le comento que mañana puede venir a comprar conmigo o prepararme una lista con los alimentos que ella considera indispensables para hacer acopio de ellos. Nada. Sigue absorta en una teleserie que transcurre en una escuela de surf sin inmutarse. Sin embargo algo ha oído, cuando después de cenar y recoger la mesa regreso al salón, hay una nota escrita para mí. Es una lista de la compra.

Al parecer mi nieta desprecia cualquier alimento que no sea arroz, pasta, hamburguesas o patatas. ¡Ah! Y por supuesto, no falta el chocolate en todas sus variantes: helado, batido, soluble... Con lo poco que se mueve y su hábito de comidas no me extraña que tenga esa envergadura. Alguien debería advertirle de que los excesos de juventud se pagan caros en la vejez, si es que llegas, pero no seré yo, ya he tenido suficientes desaires por hoy. Con su escrito me indica, además, que no piensa acompañarme al supermercado y mucho me temo que tampoco tiene intención de colaborar demasiado en el resto de tareas domésticas.

Le comunico que me gustaría ver la televisión un poco antes de ir a dormir y abandona el sillón con gesto ofendido, poco menos que me lanza el mando a distancia a la cara y sale directa a su alcoba sin una palabra de despedida. En su casa tiene una televisión en su habitación pero aquí no, y no creo que sea tan complicado de entender que en una casa en la que vive más de uno, necesariamente hay que compartir las cosas. En cualquier caso, da igual. Oigo que enciende su *Netbook* y que continúa viendo sus series a través de internet. El único cambio que implica eso es que, en vez de tumbada en el sofá, está recostada en la cama. Uff. Juventud, divino tesoro.

Ha sido un día largo y angustioso, soy incapaz de prestar atención a cualquier programa y estúpidamente recorro la selva de canales haciendo zapping y sin detenerme en ninguno en particular. No me interesa nada de lo que se está emitiendo. Estoy cansada y tengo demasiadas dudas sobre cómo actuar con Angelita, así que lo mejor es que me acueste, quizá mañana vea la situación desde otra perspectiva. Apago la caja tonta y sigilosamente me dirijo hacia la puerta de mi nieta. Está sentada frente al ordenador, parece ser que se ha cansado también de tanta televisión y anda chateando con los amigos. Su madre me avisó de que ésa es su forma de relación con otros jóvenes. Nines nunca sale con chavales de su edad, sólo habla con ellos a través del Messenger. Fue uno de los recursos que utilizó su madre cuando se oponía en rotundo a venir conmigo a Jaén, que no perdería el contacto con su gente puesto que se podría conectar desde mi casa y no les echaría de menos.

En fin, no tengo nada que reprocharle respecto a esa forma de hacer amigos. Me desnudo y me ducho antes de ponerme una camisa ligera para dormir; hace tanto calor que creo que no volveré a utilizar ya los pijamas hasta que llegue el otoño.

Estoy agotada pero necesito hacerlo. Yo también enciendo mi portátil y me conecto a la red. Busco mi canal habitual y tecleo en la caja de diálogo.

—Ricardo. ¿Andas por ahí?